

Entre el silencio y el silencio...

La palabra —o mejor, la expresión, la comunicación— es algo que importa al médico en medida suma. Tanto si desvela como si oculta, tanto emitida como impronunciada, la palabra planea sobre el encuentro entre el enfermo y su médico. Menesterosidad de nuestro intelecto es no poder pensar, inquirir ni darse a conocer sin un lenguaje, por más que éste sea preverbal. En varias de sus obras —*Teoría y realidad del otro* (1961), *La relación médico-enfermo* (1964), *El médico y el enfermo* (1969), *Antropología médica* (1984) y *La palabra y el silencio del médico* (1961)— Pedro Laín ha reflexionado sobre el papel central de la comunicación en la relación médica y en la parte que, en este papel, corresponde al decir y al callar.

No ha sido, empero, éste el único dominio en que Laín se ha aventurado en su pesquisa sobre el lenguaje. Numerosos son también los trabajos que ha dedicado a temas literarios, a veces —pero no siempre— relacionados con la medicina: *La antropología en la obra de Fray Luis de Granada* (1946), *La aventura de leer* (1956), «La vida del hombre en la poesía de Quevedo» (1947), «Poesía, ciencia y realidad» (1951), «La acción de la palabra poética» (1955), y tantos otros. Como acabo de advertir sólo algunos de ellos pretenden relacionar medicina y literatura —al menos de forma directa; pues no debe dudarse que, en la mente de Pedro Laín, la creencia en la vinculación de estos temas entre sí y con cualesquiera otros es la fuente del interés que hacia todos ellos manifiesta—. Pero, por haberse visto requerido por otros temas más acuciantes, los estudios que vinculan literatura y medicina constituyen un apartado exiguo en el seno de la producción de su autor. No obstante, del interés de Laín por este tipo de trabajos da fe la existencia de algunas tesis doctorales realizadas bajo su dirección o la de sus más inmediatos discípulos —baste mencionar la pionera de Agustín Albarracín sobre Lope de Vega—¹ así como el apoyo que, en los últimos diez años, ha prestado a la constitución de un curso de doctorado sobre este tema en el Departamento de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense y a la presencia de la sección «Medicina y Literatura» en el área de Humanidades de la Revista *Jano. Medicina y Humanidades*.² Como máximo beneficiario de este apoyo me siento obligado a tratar de justificarlo mostrando en qué medida la obra de Pedro Laín, de un lado, y el análisis de la literatura actual por otro, ofrecen al médico posibilidades nada despreciables para su formación. Dado que la palabra en cuanto tal y su expresión literaria han sido objeto de la reflexión lainiana, he elegido para testimoniar el reconocimiento —que no la cance-

¹ Albarracín, A., *La medicina en el teatro de Lope de Vega*. Madrid, CSIC, 1954.

² Laín, P., «Humanidades médicas. Presentación». *Jano, Medicina y Humanidades*, 643-H, 1985; pp. 55-56.

lación— de mi deuda con él, una novela cuyo tema es, precisamente, el silencio y la palabra del médico.

Patología del lenguaje médico

En 1956 el médico lionés Jean Reverzy publica su segunda novela, *Place des Angoisses*, de corte autobiográfico. Otra «novela de médicos», pues. Ciertamente. Pero este ejemplar pertenece a tal subgénero presentando unos rasgos individuales muy característicos. Lo que preocupa al autor no es tanto referir anécdotas de su vida personal o profesional, cuanto reflexionar sobre uno o dos problemas que juzga esenciales y al lado de los cuales cualquier otra consideración resulta frívola e improcedente. Estos problemas son: el del lenguaje —el de la comunicación— y el de la apropiación de la condición mortal del ser humano; y ambos, a su vez, se interpenetran de modo que, a la postre, el autor puede afirmar que toda su vida, tal como ha quedado plasmada en su novela, es un «largo drama del lenguaje».³ Como veremos esta conclusión resultaría impensable, al menos en el marco de la narración —y no olvidemos que es autobiográfica—, de no ser médico el narrador-protagonista. Y es precisamente esta novedad —convertir una autobiografía de médico en un «drama del lenguaje»— lo que hace de enorme interés la lectura de esta pequeña novela. A través de sus páginas podremos repasar, bajo la forma de la introspección autobiográfica, la meditación lainiana sobre el silencio y la palabra del médico, sin pretender con ello agotar las enseñanzas que nos brinda esta obra de creación.

Según declara el autor, el eje del relato pasa por la cena que comparte con su maestro, el profesor Joberton de Belleville, y la esposa de éste en su señorial domicilio de la lionesa Place des Angoisses, santuario de los profesores de la Facultad de Medicina. Durante la sobremesa, el maestro refiere las patéticas circunstancias que rodearon la muerte de un colega, preludiando, al fin, la que será clave hermética que su discípulo habrá de interpretar:

Singular profesión la nuestra (...): inmensos trabajos, fatigas sin nombre, ningún reposo, en suma, un destino al margen del de los otros hombres, a los que sólo la muerte nos aproxima al volver a sumergirnos (...) en la sima sin fondo de las ilusiones humanas, de donde nuestra actividad nos había apartado desde hace largo tiempo.⁴

La clave en cuestión será formulada por la esposa del médico, que ejerce el papel de esfinge:

¡La muerte de los médicos es más triste que la de los otros hombres!⁵

Reverzy reconoce que esta frase, interpretada velozmente al hilo de la conversación, habría de representar para él

el inicio de una meditación que, veinte años después, continúa.⁶

³ Reverzy, J, *Place des Angoisses*. París, Flammarion, 1977.

⁴ Op. cit., p. 68.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Op. cit., p. 71.

La búsqueda del sentido, de la razón o la sinrazón del aserto de Mme. Joberton de Belleville —aserto sugerido, provocado, por su marido el profesor— es, según declaración del escritor, la causa de que toda su actividad sea vista como una inquisición sobre el lenguaje. El joven interno tratará, en adelante, de establecer el grado de correspondencia entre lo dicho y lo pensado, entre lo designado y la palabra que lo designa. Y, naturalmente, la palabra ganará a sus ojos de hombre y de médico un peso extraordinario. El lenguaje es un problema, algo misterioso. Y no menos misteriosa es la relación que, a través sobre todo de él, se establece entre dos hombres con la muerte como telón de fondo. Precisamente es la presencia de la muerte en el seno de la pregunta sobre el lenguaje lo que pone al narrador en condiciones de valorar críticamente el uso que de la palabra hace la mayoría de los médicos que conoce. Refiriéndose a la primera mañana que pasa en el hospital, asegura:

En tres horas aprendí todo sobre el diálogo sumario de la medicina hospitalaria y de la enfermedad popular: «¿Le duele la cabeza?... ¿Se siente cansado por las mañanas?... ¿Siete punzadas en el corazón?... ¿Se fatiga al caminar?... ¿Ve usted moscas volantes?...» El paciente sólo debe responder sí o no (...). La mano firme del médico apartaba la sábana; retumbaba una orden: «¡No se mueva! ¡Respire hondo! ¡Deje de respirar! ¡Vuélvase sobre el costado!»⁷

He aquí la palabra que Laín ha denominado «cosificadora». La palabra de la tan alabada clínica positivista que juzgaba, según parece, «divina» la rudeza de un Schönlein —y de tantos otros—⁸ por considerar que el enfermo era tan sólo —o casi— un objeto científico cognoscible por la vista y el tacto; palabra que sólo quiere ser inquisitiva, imperativa y descriptiva.⁹ A la misma conclusión llega Reverzy:

Comprendí que esos seres numerados, inmóviles como el bloque de mineral detrás de la vitrina del museo, como el reptil sumergido en formol, como la mariposa atravesada sobre el cartón, se presentaban maravillosamente simplificados y preparados a las investigaciones de los sabios tan poco preocupados por la angustia de sus pacientes que incluso éstos parecían a su vez no experimentar su opresión (...); no intentaban comprender: su enfermedad sería lo que quisieran los médicos.¹⁰

A lo largo de la novela abundan las referencias a esta palabra cosificadora y, en general, a la incapacidad de los médicos para establecer vínculos más comprometidos con sus pacientes; incapacidad que, en ocasiones, se trueca en deliberada voluntad de crear una distancia que se considera necesaria para conservar la frialdad en la mirada, el hábil pulso, la desapasionada decisión que el acto médico requiere:

A los médicos no les gusta llamar a sus pacientes por su nombre, marca demasiado visible de un antiguo estado humano: prefieren al enfermo numerado, puro, sublimado y perfectamente sometido a la Ciencia, de la cual ellos son presencia ubicua y misterio.¹¹

No es necesario advertir que se ha luchado mucho contra esta actitud desde los tiem-

⁷ Op. cit., p. 37.

⁸ Laín, P., *La relación médico-enfermo*. Madrid, Alianza Editorial, 1983; p. 214.

⁹ Laín, P., «La palabra y el silencio del médico», en *Ciencia, Técnica y Medicina*. Madrid, Alianza Editorial, p. 238.

¹⁰ Op. cit., pp. 37-38.

¹¹ Op. cit., p. 55.